

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 62.—BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1915



¡RUSOS!

TOMO III

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Diferencia de políticas.—II. La marina británica.—III. Otra vez la neutralidad de Bélgica.—IV. Prudencia tardía

I.—Diferencia de políticas

La política internacional, nunca más diligente que hoy, gira alrededor de los eternos temas: esfuerzos de los aliados para que Rumanía, Grecia, Estados Unidos, etc., se pongan a su lado; y esfuerzos de los imperios germanos para que los neutrales sigan observando la neutralidad. A falta de otras novedades, circunscríbese el comentario a poner de relieve la diferencia profunda que media entre los objetivos de las dos diplomacias, hecho que no ha sido hasta aquí examinado como debiera.

Los aliados pusieron todo su empeño desde el primer día en extender el incendio de la guerra al resto del mundo; los germanos se esforzaron en limitarlo y reducirlo a sus naturales factores. Debiera haber abierto esa diferencia de políticas los ojos a todos los espectadores; pero los aliados cuidaron de poner en su boca los intereses del mundo, los derechos y las libertades universales, y todavía siguen explotando el mismo tema, mientras que los imperios centrales, más serios y veraces, no han dejado de proclamar que luchan por su existencia propia. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente, que los aliados quieren alcanzar la victoria por el esfuerzo ajeno y están tan convencidos de su superioridad, que les parece natural y lógico que los demás pueblos se desangren en beneficio de aquellos; esa superioridad es hija del dominio, de la dictadura ejercida muchos y muchos años, y resulta depresiva por lo menos para los pueblos llamados débiles. Hay que ayudar a los amos y señores, para que éstos después aprieten aún más las ligaduras. En cambio, ni Austria ni Alemania persiguen el auxilio ajeno; el pleito no es de orden general, y no se les alcanzan los motivos de que paguen las consecuencias quienes nada tienen que ver con el asunto que se ventila. ¿Qué se diría si Alemania y Austria, por boca de sus políticos y desde las columnas de la prensa, invitaran un día y otro al resto de Europa y a parte de América a tomar las armas contra Rusia, Francia, Inglaterra, Italia y Serbia? Hasta a los más desapasionados les parecería intolerable esta actitud, y sin embargo la encontramos razonable en los aliados, aunque no participemos de sus ideas ni puntos de vista. El rey de la creación, el ser henchido de soberbia, no puede substraerse a la sugestión y es víctima de la costumbre; lo nuevo le asombra y despierta por un instante su lucidez, pero no tarda en habituarse y acaba por renunciar a la facultad de pensar; admite de buena fe en unos lo que repugna en otros, sólo porque su oído y su vista se han familiarizado con ciertas enormidades. Esto demuestra su condición inferior, y explica por qué las muchedumbres son tan dóciles y obedientes si se las sabe sugestionar e impresionar con unas cuantas frases apartadas de la realidad.

La repetición de una misma invocación o doctrina concluye por apoderarse de no pocos entendimientos; lo que el primer día indignó, al cabo de una semana se soporta, al mes parece natural, y a

los dos meses se echa de menos si ha cesado la campaña. Bien saben lo que hacen quienes laboran persistentemente, con constancia y habilidad, defendiendo una causa, por absurda que sea; en cambio, los que fían en la eficacia de la verdad o en la justicia de sus fines, y descuidan el insistir con terquedad sobre ella, terminan por verse aislados y son solitarios en un mundo lleno de pasiones y agitación. No hay país en el mundo que sepa sacar tanto partido de estas observaciones como Francia: hace dos siglos que se está llamando defensora de la humanidad, y la humanidad, si no toda, en gran parte, lo admite así, sin preocuparse de averiguar si es cierto o no. ¡Es tan cómodo no discurrir por cuenta propia!

II.—La marina británica

La marina británica no ha cosechado grandes laureles en esta guerra. La irritación de los ingleses, a quienes se había hecho creer que su escuadra era una panacea universal, se ha manifestado en varias ocasiones, y los críticos navales de los principales periódicos han tenido que salir a la defensa del almirantazgo y de los marinos, diciendo al pueblo los servicios extraordinarios prestados por la flota. El argumento de que se valen es siempre el mismo, presentado, bajo diferentes formas: gracias a la escuadra británica hemos barrido de los mares el comercio naval y asegurado el de Inglaterra. Verdad absoluta en lo que concierne al primer punto, y sólo a medias en lo que toca al segundo, porque los submarinos alemanes se han encargado de perturbar hondamente el tráfico marítimo de la Gran Bretaña. Admitiendo, sin embargo, el argumento sin distinguos, se echa de ver desde luego que, según la flamante teoría inglesa, los barcos de guerra no sirven para destruir a los del enemigo, ni contribuir a resolver la campaña por la fuerza de las armas, sino para dar caza a los barcos mercantes. Los cruceros alemanes han cañoneado el litoral británico, bombardearon algunas ciudades de Argelia y, los austriacos, las costas italianas; pero los puertos alemanes aún están esperando la visita de los barcos enemigos. No pueden decir lo mismo los puertos rusos del Báltico. En los combates navales, cuando las fuerzas han estado equilibradas, la victoria no se ha inclinado a favor de los ingleses, que sólo pueden registrar triunfos como el de las Malvinas, donde su potencia artillera era seis u ocho veces mayor que la alemana. Pero este concepto del papel de las escuadras responde fielmente al que de la guerra se tiene en la Gran Bretaña: los demás derrotarán al adversario, y las fuerzas propias se reservarán para defender los intereses británicos. Será desairado o no este papel, pero hay que reconocer que es el que más conviene a Inglaterra.

En el Egeo ha vuelto a repetirse el mismo hecho. Aventados de los Dardanelos, por sus repetidos desastres y la aparición de los submarinos alemanes, los barcos ingleses se han dedicado a bloquear las

costas griegas y poner trabas al comercio de los neutrales, fundándose en la posibilidad de que este comercio favoreciera a los turcos.

No hay más que Inglaterra. Si unas veces ha de apoyarse a los pueblos débiles (Bélgica), otras se les trata sin consideración (Holanda, Grecia, Bulgaria); porque en el fondo, y no es menester arañar mucho para encontrarlo, sólo se tiende al bien de Inglaterra. Hecho admirable, envidiable, desde el punto de vista británico, pero que hay ilusos que, cerrando los ojos a la realidad y despreciando las enseñanzas de todos los tiempos, se empeñan en darle caracteres de generalidad. Así se comprende que unos pueblos medren y otros no salgan de su atonía.

III.—Otra vez la neutralidad de Bélgica

De nuevo se ha puesto sobre el tapete, como si no estuviera ya bastante manoseada. Con todo, el tema no está agotado. No ha llegado a hacerse la luz para todos, porque se ha tenido la precaución de confundir sistemáticamente el pueblo belga, Bélgica, con el gobierno belga; esta distinción se impone, para no llegar a consecuencias falsas.

Que la neutralidad de Bélgica fué violada por los alemanes, sería demencia negarlo; como tampoco cabe desconocer los males irreparables que el pequeño reino ha padecido sin ser culpable del conflicto, ni haberlo provocado. Pero hay más que eso.

Concretamente, a la petición del Kaiser de que Bélgica permitiera el paso de las tropas imperiales, comprometiéndose a respetar la independencia del reino y a indemnizarle, respondió el Gobierno de Bruselas con una negativa rotunda y la amenaza de oponerse por las armas. Tomada Lieja y repetida la petición, el Gobierno no sólo la rechazó de nuevo, sino que asumió la responsabilidad de la amenaza del Kaiser, quien conminó con hacer recaer sobre Bélgica las consecuencias de lo que ocurriera.

¿Se trataba de la invasión de un ejército con propósitos ostensibles de ocupación y maquinaciones para substituir el régimen vigente por otro advenedizo (España en 1808), o se pretendía sólo el paso de tropas con fines militares, ofreciendo de antemano todas las garantías y compensaciones legítimas y deseables? La respuesta es obvia. ¿Estaba el gobierno belga en su derecho y hasta en su deber moral de oponerse a la petición? Sí, se encontraba obligado a rechazarla. ¿Debió resistirse por la fuerza, a pesar de constarle que aquél no era el caso de una invasión propiamente dicha? Pudo hacerlo y dejar de hacerlo, sin faltar a lo que se debía a sí mismo, pero algo tenía que pesar en su resolución lo que convenía al país, que no era ciertamente la guerra contra una potencia infinitamente más fuerte; con haber protestado, y encerrado sus tropas en las plazas fuertes, hiciera cuanto humanamente cupiera exigirla, puesto que si la integridad de Bélgica descansaba casi exclusivamente—como se ha invocado con insistencia—en los tratados internacionales, la violación de los mismos por uno de los firmantes no aumentaba las obligaciones de Bélgica para con los demás. Admitamos, sin embargo, que el Gobierno, y aun el pueblo, se alzarán indignados contra el que atropellaba sus derechos; pero ¿no media un abismo entre esta conducta y la que se

observó? Apenas se disparó el primer cañonazo delante de Lieja, Bruselas se dirigió a París y Londres recabando el apoyo y el concurso de los ejércitos francés e inglés; desde aquel mismo momento, dejó el Gobierno belga de mantener su neutralidad y tomó partido en uno de los bandos beligerantes; llamó a su territorio a ingleses y franceses, lo iba a trocar en el campo de batalla de las tres naciones, producir su ruina total y ligarlo al carro del vencedor. Y téngase presente que cuando el Gobierno belga hizo este llamamiento a Francia y la Gran Bretaña, todavía el Kaiser mantenía su promesa de respetar la independencia de Bélgica e indemnizarla de los daños que se la ocasionaran (así lo hizo, prodigamente, con Luxemburgo). No es la mejor manera de ser respetado y salir indemne, el llamar al propio país a todos los ejércitos beligerantes. Tratarase de una guerra de invasión o de conquista, y la decisión tomada hubiera sido explicable; pero el 3 de agosto no había motivo ninguno para sospechar de la formalidad de las promesas alemanas, toda vez que en lugar de tomarse el permiso sin pedirlo, el Kaiser lo solicitó, exponiendo las razones que le movían a no respetar el tratado de garantías. Por igual, el Gobierno alemán y el de Bruselas son los responsables de la triste suerte que ha cabido a Bélgica; pero el principal culpable de las desgracias y calamidades que se han derramado sobre la población pacífica de aquel reino, ha sido su propio Gobierno, por la agitación que sembró con sus proclamas y llamamientos contra el invasor. Seguramente, el Gobierno alemán debió de alegrarse de las torpezas que iban cometiendo los hombres de Bruselas.

No es necesario, por consiguiente, valerse de los documentos encontrados en el Ministerio de la Guerra belga, que revelan el acuerdo previo que existía con el Estado Mayor inglés, ni tampoco recordar la presencia de oficiales franceses en el Mosa belga antes de romperse las hostilidades, ni la inmediata entrada en Bélgica del ejército francés, ni el concierto entre los cuarteles generales de los dos países vecinos, para concluir que el pueblo belga, digno de la lástima y simpatía de todo el mundo, sin excepción, hará responsable, el día en que se hayan pacificado los espíritus, a su Gobierno, más que a cualquiera otro extranjero, de los daños que se le han inferido, y reconocerá que la alegación de defender la neutralidad no fué más que el medio directo de entrar en la coalición.

IV.—Prudencia tardía

La prensa aliada ha cesado en sus amenazas al imperio alemán, y no se ocupa ya en el reparto del territorio enemigo, ni en las durísimas condiciones que quería imponerle en el tratado de la paz. La prudencia ha substituído la destemplanza. Se ha percatado al fin aquella prensa de que, como los negocios van mal, el posible vencedor de mañana justificaría sus implacables exigencias sin más que reproducir los textos del vencido; porque si éste, cuando se creía vencedor, amenazaba y exponía un programa de compensaciones, justo fuera que al volverle la espalda la suerte se resignara a sufrir el mismo trato que él quería imponer al adversario. Por desgracia para franceses e ingleses, si son ven-

cidos, sus periódicos han hablado demasiado y no cabe borrar lo escrito y lanzado a todos los ámbitos del mundo. ¡La humanidad es perennemente débil, y ni en las circunstancias más críticas y azarosas sabe poner tiento en sus palabras, ni reprimir las ligerezas que hace cometer la irreflexión! ¡Cuánta falta hacen la cautela y la previsión en los hombres que intervienen en los negocios públicos!

F. LARIN.



El Kaiser hablando con el general von Emmich—el conquistador de Lieja—durante las recientes batallas en el río San

LA ACCION DE ITALIA

Al decidirse Italia a la guerra, después de diez meses de preparación militar, perfectamente estudiada y dirigida por su Estado Mayor, no hubo quien se atreviera a dudar de que había de ser instantáneo y decisivo el efecto de su entrada en el gran escenario de la guerra, donde se está decidiendo el porvenir de la humanidad.

Ningún detalle en el perfeccionamiento de su institución armada habrá sido olvidado; el material de artillería contaba con un cañón moderno, cuyas excelencias preconizaron en años anteriores los técnicos de todos los países; la dotación de todos los servicios podía considerarse como un modelo de suntuosidad y buen orden; las teorías de la guerra, difundidas por un brillantísimo Estado Mayor que, durante treinta años de no interrumpida intimidad

con los Estados Mayores de Austria y Alemania, poseía todos los secretos inherentes a estos ejércitos, debían formar un cuerpo de doctrina infalible, para combatir a sus aliados de la víspera.

Con estas circunstancias y con la ventaja esencialísima de haberse efectuado la movilización y el despliegue de los ejércitos sobre la frontera, sin entorpecimientos de ninguna clase y bajo la dirección de un jefe de Estado Mayor de tan indiscutibles

prestigios como el general Cadorna, había sobrado fundamento para atribuir a la intervención armada de Italia un carácter decisivo y enérgicamente resolutivo del colosal conflicto.

Han transcurrido dos meses desde la declaración de guerra de Italia a Austria y aún están luchando los ejércitos del Rey Víctor Manuel por la posesión de la orilla izquierda del Isonzo, y no se ha mordido todavía el granito: no se ha abierto brecha en el baluarte del Trentino.

La culpa no es del generalísimo italiano. Cadorna conoce su misión y sin doblegarse a las instancias reiteradas de que envíe contingentes de auxilio a Flandes y a los Dardanelos, no consiente tampoco, ni que se discuta, el proyecto de desembarcar fuerzas en Dalmacia y Albania. Resiste imperturbable las presiones de dentro y de fuera para que disgregue sus tropas en operaciones aventuradas, y con la sabiduría de un verdadero

caudillo economiza sus fuerzas y las mantiene concentradas para el grande objetivo de la guerra, que consiste en la conquista de Trieste, punto capital donde se condensan todos los prestigios morales y materiales del ejército italiano.

Consciente también de las dificultades de su misión, va tanteando el generalísimo las posiciones del frente, formidablemente fortificado, de su enemigo hasta que encuentre los lugares adecuados para la irrupción, seguro de que sus tropas le secundarán en el instante crítico con la bravura que hoy han acreditado ya y que noblemente reconocen los mismos partes del Estado Mayor austriaco.

Existen, sin embargo, otras circunstancias, de tan poderoso influjo, que pudieran contrarrestar el talento de un caudillo y el valor de sus soldados.

Ante la cuádruple superioridad numérica de los italianos sobre los austriacos, éstos se han visto obli-

gados a la defensiva, invocando en su ayuda todos los refinamientos de la técnica moderna. La naturaleza juega en este caso un importantísimo papel, porque cada cima de rocas escarpadas se convierte en inexpugnable fortaleza. Y de esta suerte la superioridad numérica italiana, no tiene la aplicación conveniente; falta espacio para los despliegues, y en lugar de la simultaneidad de esfuerzos, sólo es posible la sucesión, la repetición de ataques, perdiéndose las ventajas de la acción conjunta. No debe olvidarse tampoco que los nidos de águilas de los Alpes están defendidos por tropas austriacas y húngaras agueridas en las batallas contra los ejércitos de millones de súbditos del Czar, y habituadas al combate y a la victoria.

Un general tan eminente como Cadorna, comprende en toda su cruda realidad los obstáculos que ha de presentar el enemigo y el terreno, y si a pesar de ello se ve obligado a abordarlos y a superarlos, no es por arranque exclusivo de su iniciativa, sino por la imperiosa determinación de la política de su país, influida por las alucinaciones de una diplomacia y una prensa que no calcularon con la exacta medida la inmensa fuerza que posee el Imperio austriaco. Ha habido durante años un empeño particular en rebajar la importancia del ejército austro-húngaro, presentándolo al pueblo italiano en lamentable estado de descomposición; se ha afirmado en todas las formas que con un solo empuje que diera Italia en el momento oportuno caería en ruinas el Estado de los Hapsburgos.

Aquí radica tal vez el error primordial de la acción italiana. Dificultades parlamentarias y económicas en la política interior de Austria-Hungría desviaron el cuidado que reclamaba la preparación del ejército para una guerra que se hacía cada día más inevitable, y el conflicto estalló, con los efectivos y la dotación de material muy incompletos y deficientes. Fueron necesarios los primeros fracasos en los campos de batalla para que surgiera la mano de hierro que había de remediar súbitamente todas las faltas; y así aquel Estado que ya se repartían las cancillerías de Roma, San Petersburgo, Londres, París y Belgrado demostró poco después que aunque viejo, no era decrepito, y fallaron también las quiméricas esperanzas de que en una guerra contra Rusia se pasarían al enemigo todos los pueblos de origen y afinidad eslavos, pues por encima de todas las pasiones y debilidades de la política descollaron

con impulso avasallador el pensamiento dinástico y las gloriosas tradiciones de un ejército que refundía todas las razas, en cuya infidelidad confiaba el enemigo.

Vinieron después las campañas de otoño y de invierno, y no sólo fué contenida la avalancha rusa en las fronteras de Silesia y Hungría, sino que, destruidos los ejércitos del gran duque Nicolás por los ataques furiosos de los ejércitos austro-alemanes, fueron aquellos expulsados del territorio nacional,



Sección de telefonistas alemanes trepando por un escarpe, para establecer una estación

colocando sus restos en una situación estratégica de inmensos peligros.

La guerra, y precisamente una de las guerras más difíciles de la historia, ha sido el acicate redentor de todos los abandonos y desmayos en la organización armada de Austria-Hungría. Ya no hay falta de armamento ni de municiones, y la excelencia y superioridad de su artillería la proclaman en todas las ocasiones sus propios enemigos.

¿Es que los grandes estadistas italianos, a pesar de su proverbial sagacidad, no tuvieron en cuenta este resurgimiento maravilloso del ejército imperial y real?—¿Es que creyeron de buena fe en las estrecheces, en la penuria, en el hambre que, según la prensa aliada, padecía Austria-Hungría, cuando se

anunciaba a los cuatro vientos el exceso de producción de cereales en la cosecha actual y se cubría inmediatamente un segundo empréstito de cuatro mil millones?

Italia declaró la guerra el día 24 de mayo, en el momento más crítico de las operaciones de los Cárpatos; pocos días después caía Przemysl en poder de los batallones de Böhm-Ermolli, y como si del lado de la frontera del Sur no amenazara riesgo alguno, continuaron los ejércitos austro-alemanes la vía triunfal a través de la Galizia, coronando con la toma de Lemberg y la conversión sobre Lublin la serie de operaciones más geniales que nos enseñará la historia.

El inmediato efecto de la ruidosa intervención de Italia ha sido, por lo tanto, el aumento de las inagotables energías que tan intensamente palpitan en la Monarquía de los Hapsburgos.

M. Z.

SI VENCIERA ALEMANIA...

III.—El porvenir de Inglaterra

¿Quién será el osado que se atreva a pronosticar el vencimiento total y definitivo de la poderosa Albión? ¿Cómo destruir sus escuadras de combate embotelladas espontáneamente en los puertos militares? ¿Cómo acabar con su marina mercante de millares y millares de vapores y veleros? ¿Cómo poner mano en sus colonias de las cinco partes del mundo? ¿Cómo desembarcar un ejército que abata la soberbia de Inglaterra y se apodere de su capital? ¡No! Militarmente, Inglaterra es por ahora invencible. Pero no hace falta que sus ejércitos sean destrozados y deshechas sus escuadras, para que la Gran Bretaña tenga que aceptar una paz humillante, siempre que no se menoscabe demasiado su poderío económico y comercial, y, sobre todo, que se guarden las buenas formas.

Si Francia es vencida, sonará la hora de la paz. Dueños los alemanes de la costa del canal de la Mancha, a su merced estará el comercio marítimo de la Gran Bretaña, en inminente peligro los dreadnoughts, el litoral británico será asolado y devastado metódicamente, atacada Londres un día y otro por la vía aérea... La población obrera se distanciará todavía más de los patronos; la vida llegará a hacerse imposible; Inglaterra sucumbirá con sus fuerzas militares y navales casi intactas. De esta suerte, decir derrota de Francia es decir derrota de los ingleses. ¡Bien lo sabían éstos cuando enviaron sus tropas a Bélgica, primero, y a Francia, después; cuando obligaron a sus aliados a firmar el compromiso de no concertar una paz separada; cuando tantas alabanzas prodigan a Francia y tantos alientos la dan! Inglaterra no se defiende por sí misma: la defiende Francia. Una y otra habrán de correr la misma suerte, pero con la diferencia enorme de que mientras Francia quedará desangrada y arruinada, Albión conservará latente un poderío extraordinario, de poca significación para sus inmediatos vecinos, pero aplastante e incontrastable para las naciones más débiles y alejadas.

Alemania no puede ni debe perder de vista este

hecho; si se empeña en desconocerlo laborará contra sí misma, y los esfuerzos que realice en persecución de una quimera, de una utopía, la dañarán más a ella que a su rival. La realidad y no el deseo es la base de la política. Según esto, las condiciones de paz que se dicten a Inglaterra no tendrán parecido siquiera con las que se impongan a Francia, Italia y Rusia. Examinémoslas brevemente.

Ante todo ¿qué orientación habrá de darse a esa paz? El caso no ofrece duda. Es menester trasladar el centro de gravedad de Inglaterra hacia Oriente, y llevarlo a Asia; es indispensable que Inglaterra, Rusia y Francia, amén de Japón y China, vuelvan a ser vecinas, y, como a tales, enemigas; es necesario que se desvanezca para siempre la posibilidad de un Africa inglesa. Inglaterra ha de trasladarse virtualmente al Asia, y entenderse allí con las naciones dichas y, más adelante, con los Estados Unidos. Ha de cesar de ser Alemania la pesadilla de la Gran Bretaña.

El establecimiento de los alemanes en las costas de Flandes hasta Calais, la desviación de la expansión francesa según cauces diferentes de los seguidos hasta aquí—como se dijo en el artículo anterior,—la participación de varias potencias en los negocios del Mediterráneo, y las ventajas que se concederán a Holanda y los países escandinavos, junto con ciertos beneficios a otros neutrales (todo lo cual se expondrá oportunamente), cerrará a Inglaterra las puertas de Europa. El Africa del Sur, comprendiendo la colonia del Cabo, recobrará su independencia; nuevas naciones entrarán en Africa; Inglaterra conservará todavía en ella un lugar distinguido, pero no será ya el preeminente, casi el único. Será expulsada de Egipto, devuelto al poder nominal de Turquía, con la colaboración alemana, pero, a todo evento, el régimen administrativo del canal de Suez se variará, para libertarlo en lo sucesivo de la acción inglesa. Y si la Gran Bretaña se negase en absoluto a aceptar la evacuación de Egipto, y prefiriese, antes que ceder, correr el albur de proseguir la guerra, se rectificarán las fronteras de la Turquía asiática, llevándolas hasta aquel canal; el gran camino marítimo entre Asia y Europa va a escapar de las manos de Inglaterra.

En Asia, Persia y el Afganistán se substraerán a la doble influencia británica y rusa; pero ancho campo queda en aquel inmenso continente para que todavía Inglaterra pueda extenderse hacia el N., se consolide en el Tíbet haciéndose vecina de Rusia, y se asome al Oriente, al lado de Francia, de Holanda, de China, frente a Estados Unidos y Japón.

Ni Australia, ni Nueva Zelanda, ni el resto de Oceanía serán objeto de negociaciones en el tratado de paz. Bien están donde se encuentran, y bueno es que los intereses británicos se hallen tan lejos de Europa. Pero el Canadá comenzará a bambolearse. Por respeto a los Estados Unidos, es posible que no se incluya cláusula alguna relativa a dicho dominio. ¡No importa! El Canadá está destinado a formar parte de los Estados de la Unión, verdadero aliado de Alemania en lo futuro, porque los intereses de ambos países se completan y están de perfecto acuerdo.

Hermoso ideal sería para Alemania imponer a su enemigo la limitación de armamentos navales; por

conseguirlo, cedería de buen grado en muchas de sus pretensiones y hasta toleraría la presente preponderancia de Inglaterra en Africa; sin embargo, el gabinete de Londres hará cuestión cerrada de su supremacía naval, y como Alemania jamás podrá competir en marina, por la necesidad en que se encuentra de atender a los armamentos terrestres, como potencia continental que es, habrá de concentrar sus esfuerzos a conseguir que se pongan frente a frente Inglaterra y Rusia, caso que estuvo a punto de presentarse años atrás, y cuya realización arrastraría á otras regiones del planeta el doble peligro que se está cerniendo sobre Europa y que muchos espíritus se resisten a ver. Esta política, que ha de traducirse, tímida o plenamente, en el tratado de paz, es la misma que ha hecho prevalecer recientemente Inglaterra, poniendo a Rusia en pugna con Alemania, sólo que de este último choque únicamente se beneficiaría la Gran Bretaña, y el resto de Europa pagaría caras las consecuencias. Para el porvenir de nuestro continente hay que oponer al peligro ruso el peligro británico; conviene que el gran dominador de hoy y el dominador de mañana se despedacen mutuamente y dejen vivir su propia vida a los pueblos, numerosísimos, menos pródigamente favorecidos por la naturaleza.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los ejércitos, sobran

—¿Qué impresiones tiene V. de la guerra, señor A?

(El señor A).—¡Excelentes! La victoria de los aliados es indudable.

—Pues ¿cómo? ¿Ha ocurrido algo nuevo?

(El señor A).—¿Me lo pregunta V? ¿Han roto los alemanes nuestras líneas, han llegado a París, está a flote la escuadra inglesa, no atacamos en los Dardanelos?

—¡Ta, ta, ta! Once departamentos invadidos, casi todas las minas y los altos hornos de Francia en poder de los alemanes, conquistada Bélgica y... ¿se cree V. camino de la victoria?

(El señor A).—No es que lo crea, es seguro; y, si no, respóndame V. a las siguientes preguntas: ¿Han efectuado los alemanes algún avance notable desde septiembre acá?

—¿En dónde? ¿En Francia o en Rusia?

(El señor A).—¿Dónde ha de ser? ¿en Francia!

—Respondo a V.: no, señor.

(El señor A).—¿No tienen bajas diarias y se debilitan por momentos?

—Sí, señor.

(El señor A).—¿Han podido destruir a los ejércitos de Joffre?

(El señor B).—Y French; y ¿han destruido la escuadra británica?

—No, señores.

(El señor A).—¿No está Francia activando la fabricación de municiones y material de guerra?

(El señor B).—¿Lo mismo que la Gran Bretaña?

—Sí, señores.

(El señor A).—¿No ganamos la batalla del Marne?

—Sí, señor.

(El señor A).—¿No tenemos a nuestro lado a los intelectuales y a todos los amantes del derecho, de la justicia y de la libertad?

—No sé si precisamente al lado...; pero, vaya, vecinos de ustedes sí que son, en concepto de inquilinos del planeta.

(El señor A).—¿Ha podido Alemania derrotarnos en un año de guerra?

—No, señor.

(El señor A).—¿Qué le dice a V. todo eso?

—Hombre, a mí, la verdad, me dice que Alemania es la que lleva la mejor parte.

(El señor A).—Es imposible, no nos podemos entender, no comprende V. mis argumentos, ni sabe deducir de ellos las consecuencias lógicas.

—Tal vez; hagamos una prueba. ¿Quién cree V. que está más cerca del triunfo, Alemania o Rusia?

(El señor A).—¡Ni que decir tiene! ¡Rusia! Es evidente de toda evidencia.

—¡Muy bien! Permítame ahora que pregunte a mi vez, a ver si he aprendido la lógica de que V. se vale. ¿Han efectuado los alemanes algún avance notable en Rusia desde septiembre de 1914 a la fecha?

(El señor A).—¡Notable, notable...! Sí, han avanzado...

—¿No tienen los rusos bajas enormes a diario y los prisioneros que hay en Alemania no se aproximan a un millón y medio?

(El señor A).—¡Cierto es!

—¿No destruyeron los alemanes a los ejércitos del Narev, del Niemen, de Polonia, de Galizia y el 10.º, en Augustovo?

(El señor A).—¡Efectivamente!

—¿Está destruida la escuadra alemana?

(El señor B).—¡Todavía no!

—¿No fabrica y dispone Alemania de municiones y material de guerra en cantidades fabulosas!

(El señor A).—Por desgracia, es así.

—¿No ganaron los alemanes las batallas de Tannenberg, Gardauen, Lodz, Loviez, Brzeziny, Augustovo... continúa?

(El señor B).—¡Bien! y ¿qué?

—¿No son vecinos de los alemanes los bárbaros, los incultos, los africanos, los asiáticos, los australianos, aunque viven en la acera de enfrente?

(Los señores A y B).— Sí, señor.

—De todo esto, infiero que la victoria de Rusia es indudable.

(El señor A).—¡Gracias a Dios que nos ha comprendido V. y se ha convencido de la exactitud de nuestras predicciones!

—La cosa no puede ser más sencilla. ¿Que los alemanes ganen una batalla? Su derrota es inevitable, porque se sangran. ¿Que conquistan terreno y avanzan? Están perdidos, porque alargan su línea de comunicaciones y necesitan más tropas para guardarla. ¿Que invaden y ocupan provincias enemigas? Desgraciados de ellos, porque habrán de atender a su ocupación. ¿Que los franceses o los rusos atacan y fracasan? Los alemanes han sido rechazados. ¿Que los alemanes ganen 50 kilómetros? Ha abortado su plan, porque querían adelantar 100. ¿Que torpedean y echan a pique cuatro, seis u ocho acorazados? Eran barcos viejos, que iban a ser dados de baja. ¿Qué

vale todo eso, junto a la casa del barquero, a la taberna roja, a la azucarera o al laberinto? ¿No es acaso Joffre el padre del ejército, el que conserva la vida de todos los soldados a quienes no alcanza el plomo enemigo o los gases asfixiantes? ¿No es French el modelo de la imperturbabilidad inglesa, que sólo se preocupa de cumplir su misión, que consiste, lo diré en voz baja, en guardar para la Gran Bretaña las costas del canal? En sesenta y cinco días de fiero combate ¿no ha ganado la 29ª división inglesa 150 metros de terreno en los Dardanelos, mereciendo por este hecho el modesto e insignificante calificativo de «la inmortal 29ª división»? ¿No se ha descubierto, por ventura, el arte de presentar al público lo blanco como negro y lo negro también como negro? ¿No hay doscientas plumas elegantes y castizas que demuestran palmariamente que la victoria se inclina a favor de los aliados? ¡Sí! Todo esto lo comprendo y me lo explico. Una sola cosa no me cabe en la cabeza.

(Los señores A y B).—¿Cuál?

—Por qué los cuatro aliados no licencian a sus tropas y se evitan un gasto enorme. Si los literatos, periodistas, *savants* y profesores de lógica han derrotado a los alemanes, ¿para qué sirven ya las tropas? Cabalmente, los ejércitos aliados constituyen el único hecho contrario a los razonamientos de los plumíferos.

(El señor A).—¿Qué quiere V. significar con estas palabras, don Subrio?

—Que nadie pondría en duda la verdad de lo que dicen los periodistas y *gens de lettres*, si los ejércitos aliados no se empeñasen en llevarles la contraria. Porque eso de ganar batallas y poner pies en polvorosa; derrotar al enemigo y cederle terreno para que se fastidie roturándolo y cultivándolo; desalojarle de sus posiciones para que avance y se entregue a las rudas faenas de explotación de minas y fundición de metales; acortarle sus raciones obligándole a mantener millones de pupilos, que no sé por qué se denominan prisioneros; dejarse echar a pique barcos y más barcos, para que los tripulantes de los submarinos alemanes lleven una existencia de perros; internarse en Rusia para que los alemanes se deshagan los pies de tanto andar por aquellas estepas; todo eso, y mucho más que me callo para no hacerme pesado, me recuerda a nuestro buen Don Quijote, que soñaba con que vencía a un gigante, y despertaba con las costillas molidas.

(El señor B).—Está V. hoy de vena, don Subrio; ¡vaya un artículo de periódico que nos ha colocado usted!

—¿No demuestran ustedes matemática, lógica, literatura, científica, legal y moralmente, que los alemanes están siendo derrotados? Pues ¡supriman ustedes de una vez los ejércitos francés, italiano y ruso —el inglés se ha suprimido él mismo, espontáneamente,— y los alemanes no podrán apoyarse ya en ninguna razón sólida para negar su derrota; pero ¡eso sí!, preparen ustedes una buena cantidad de ungüentos, bálsamos y cataplasmas para cuando llegue la hora de despertar. Si así lo hacen, todo irá como la seda: ¡gran victoria, y media docena de huesos fraccados!

(El señor A).—¡No podía usted dejar de salir con alguna de las suyas, don Subrio!

—¡Es claro! Como que me recuerdan ustedes a aquel jugador que descubrió el medio de ganar siempre, y que cuando quedó sin blanca y más pelado que las ratas, aún sostenía que su combinación era exacta y que debía de ganar. ¡Nada, nada! ¡Regójense ustedes con sus triunfos y... preparen el bolsillo y la llave de la despensa, porque el invitado tiene un hambre fabulosa! Cuando la haya saciado, les dejaré escribir todos los artículos que ustedes quieran.

SUBRIO ESCÁPULA

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

En la retaguardia del ejército en campaña

VII

Avituallamiento

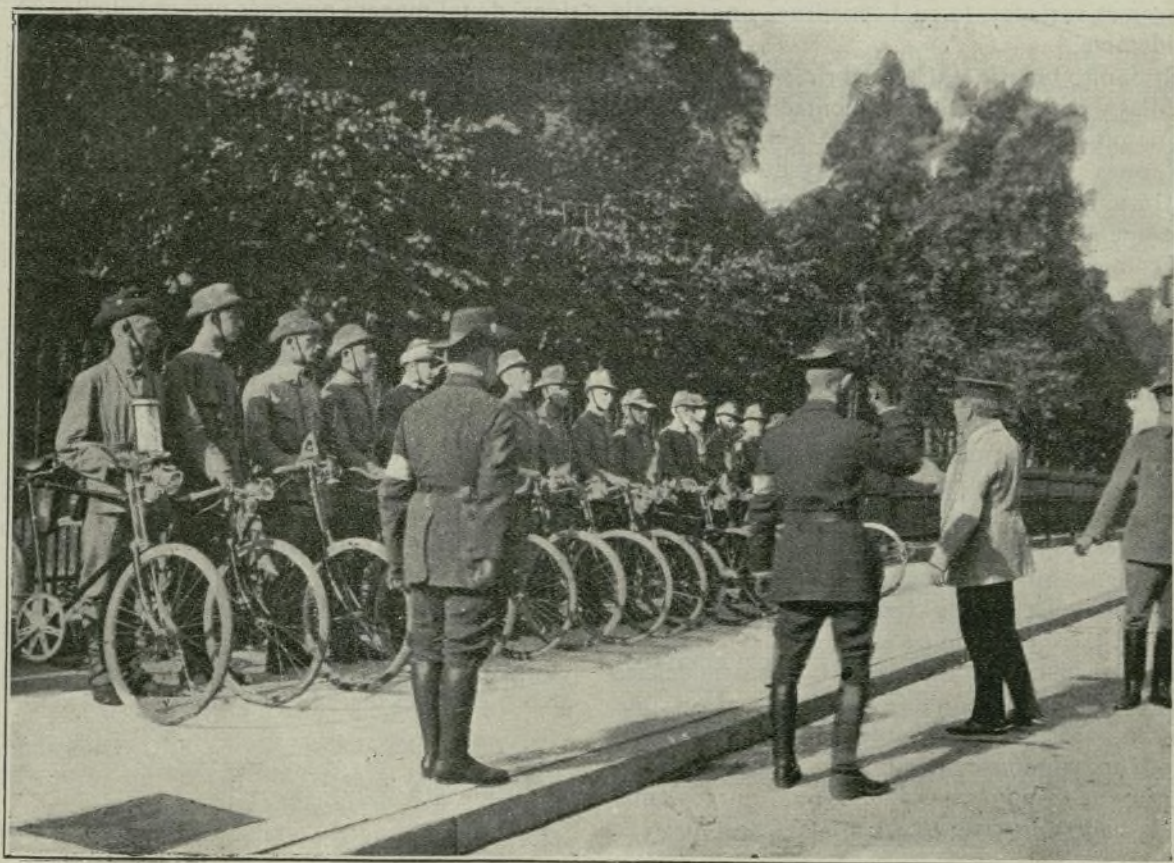
La buena alimentación de las tropas es la tarea más importante de los conductores de ejércitos. Es indispensable para asegurar la resistencia de los guerreros y no menos para la conservación del espíritu de combate en todo el ejército. Napoleón I acostumbraba a decir: «Estando vacío el estómago, no hay subordinación». Y es bien sabido que cuando él decía subordinación entendía, no raramente, la aptitud psíquica de combate en sus soldados. Ciertamente presenta la historia ejemplos de victorias ganadas por ejércitos que padecían hambre y heroicas defensas de plazas sitiadas, llevadas a buen término por guarniciones medio muertas de hambre, como acaba de acontecer con Przemysl, que ha tenido en jaque más de cuatro meses y medio al ejército ruso sitiador y que sólo se rindió cuando la tropa comenzaba a idiotizarse por el hambre, pero no hay que ocultar que se trata de excepciones, que antes sirven para confirmar la regla opuesta, que para constituir por sí una nueva. Los psicopatólogos nos enseñan que el hambriento olvida, ante su necesidad, los conceptos más abstractos de patriotismo, honor, heroísmo, etc.

Los hombres de armas bien lo saben y de ahí que consideren de capital importancia la manutención adecuada de sus soldados. En los tiempos modernos han dedicado los grandes ejércitos europeos esmerada atención a la materia, basados en las últimas conquistas de la ciencia. En tiempos de paz se toma ya una serie de medidas para el caso de guerra. Por ejemplo, las fábricas de conservas de carne y legumbres, así como los proveedores de ganado, etc. mantienen siempre a la disposición del Gobierno de su país grandes cantidades de sus productos y no es aquí, por cierto, donde hacen sus peores negocios...

En el ejército alemán la organización de la materia y su servicio está previsto en sus menores detalles con gran anticipación. Yo he tenido oportunidad, en dos maniobras imperiales, de ver y admirar su regularidad y famosos resultados. En aquel entonces me guardaba para mis adentros las sospechas de que la cuestión no marcharía seguramente con tanta precisión cuando fuera de veras. Ahora que puedo verlo con mis propios ojos, no acabo de admirarlo, al ver caer por tierra mis pasadas sospechas. El orden, la limpieza, la abundancia de cuanto es



En el campamento de Teltow: los prisioneros ingleses en el trabajo



Jóvenes ciclistas alemanes en Bruselas, puestos voluntariamente al servicio de las autoridades

necesario y, sin embargo, la economía con que todo se maneja, más parece acaecer en el cuadro de un regimiento que en medio de la más espantosa guerra.

En Saint Quentin se reúnen las provisiones destinadas al II ejército. Aquellas vienen, en parte, de Alemania misma; lo demás procede del país, así como de Bélgica. Desde esta cabeza de etapas se transportan por medio de las columnas del parque de transportes (constando cada una de 48 carros). De éstas las toman luego, para repartirlas en las diversas divisiones, las columnas pesadas de provisiones (36 carros cada una). Pero son las columnas ligeras de provisiones (17 carros) quienes las llevan a las tropas directamente. Cada compañía, cada escuadrón, cada batería, tiene su carro de vituallas, que reparte los comestibles entre los soldados.

Donde hacen falta caminos de hierro e, indispensablemente, en las inmediaciones del campo de operaciones, se hace uso, con preferencia, de automóviles de carga; sólo los carros de vituallas son tirados por caballos.

Gran parte de los comestibles van en conservas, en latas de doble porción. Sin embargo, en cuanto es posible, se prefiere el consumo de productos frescos. En tanto que las conservas vienen de las grandes fábricas de Alemania, los últimos se preparan en la cabeza de etapa, pues estando ésta relativamente cercana a las tropas, llegan en buen estado hasta el lugar de su consumo. Carne y pan constituyen los principales elementos frescos de la nutrición.

En la guerra de 1870 desempeñó un papel preponderante en la alimentación de las tropas alemanas la «sopa de guisantes», compuesta de harina de guisantes, manteca de res y tocino, todo en una pasta densa. Actualmente, los medios de que se dispone son más variados, lo cual constituye una ventaja considerable.

En Saint Quentin existen fábricas de salchichas, morcillas y panaderías, todas montadas en grande, aunque provisionales...

Nuestra primera visita fué a una de estas fábricas. Un teniente de carnicerías nos recibe a la entrada de una patio inmenso, y se dispone, en actitud un poco cómica, a darnos una conferencia sobre lo que vemos. A un lado varios corrales, donde una cantidad de bueyes, carneros, puercos, etc., esperan su turno, para pasar al matadero. Contiguo se ve éste. Un verdadero ejército de carniceros, con mandiles blancos y gorra blanca también. Los unos descuartizan los bueyes recién matados, otros matan puercos, dándoles primero un poderoso golpe de mazo en la cabeza para atolondrarlos. Más allá cuelgan chivos de los cuernos para degollarlos. En grandes depósitos de agua hirviendo sumergen puercos muertos con objeto de facilitar la separación de las cerdas de la piel. Este espectáculo no es de lo más agradable; pero ahí se adelanta el capitán de Landsturm del servicio, con ademán lleno de satisfacción, al ver cómo admiramos la cantidad de animales, y cual si fuera a noticiarnos algún acontecimiento importante, nos asegura que «eso no es nada». Fuera, en los campos, ya habremos visto pastar muchísimos más. En

efecto, ganado vacuno hemos visto, que volvía a nosotros sus ojos sangrientos, al pasar del tren, olvidando por un momento el pastoreo: «Pues bien, tenemos repuesto abundante con todo eso y mucho más que no habéis podido ver. Carne no hará falta a nuestros soldados en mucho tiempo, así dure la guerra hasta el invierno».

Pastos, reses, soldados y el buen humor del capitán me traen a la memoria un chiste berlinés que me contó otro *landsturmann*. «El Zar telegrafió al Kaiser que se rinda y pida pronto la paz, pues sus soldados son inagotables y crecen como la hierba». A lo cual replicó el Kaiser: «Tengo una vaca que se comerá toda tu hierba».—La vaca era Hindenburg. Mi capitán, que admira a Hindenburg sobre todas las cosas y que vive entre vacas, encuentra la comparación de todo punto fina y adecuada y se alegra vivamente, como lo demuestra el frotar sin descanso de sus manos pesadas.

En el local contiguo cuelgan de grandes garfios, balanceándose, sendas piernas y trozos de pecho de res, todavía sanguinolentos, goteando gruesas gotas rojas. A la puerta esperan las carretas de transporte que han de conducir varias toneladas de esas carnes al frente de combate. Allá serán preparadas en las famosas cocinas de campaña (*Feldküche*), de las que dijo el conde von Schlicht que eran la más notable novedad introducida desde la última guerra. Esta novedad se le debe a los rusos que fueron los primeros en emplearlas satisfactoriamente durante la guerra ruso-japonesa. Hoy ya muy mejoradas y de varios modelos las tienen todos los ejércitos. Cada batería, compañía o escuadrón cuenta con una de estas cocinas.

En un departamento adyacente está la fábrica de salchichas y morcillas. El espacio está ocupado por tinajas, de tal manera que más parece aquello un salón de baños que una fábrica de comestibles. El maestro salchichero—un corpulento prusiano de inmensa barriga y cara sanguínea—nos fortifica en nuestros pensamientos cuando relata que todos esos recipientes han sido buscados y requisados en las casas de la ciudad y que la mayor parte de ellos fueron en mejores tiempos bañeras de niños.

La producción diaria del taller es de 1.000 kgs. de salchichas. En otro cuarto se ahuman éstas.

Ahora pasamos a la panadería. Dada la escasez del trigo, a causa de la falta casi absoluta de importación, ha sido menester aumentar la proporción de fécula de patata en la masa. El pan de guerra (*Kriegsbrot*) es casi igual al que en Berlín se consume en la mesa del palacio imperial y real; contiene dos partes de harina de trigo por una de harina de patata.

Han fabricado cinco hornos de ladrillo que reemplazan con ventaja a los portátiles de campaña, los cuales acompañan a las tropas en sus marchas. Los cinco hornos están servidos por unos 200 panaderos, entre amasadores y horneros. La producción es de 48.000 raciones diarias, en panes de 1.500 gramos.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

(De nuestro corresponsal)

CRÓNICA MILITAR

I. Sobre la escasez de municiones del ejército ruso.—II. Las batallas de Ipres y de Festubert.—III. La estrategia alemana contra Rusia, en el primer período de la guerra.—IV. La situación estratégica entre el Vístula y el Dniester.—V. El objetivo alemán de la campaña contra Rusia.—VI. La situación el 31 de julio

I.—Sobre la escasez de municiones del ejército ruso

La falta de municiones viene siendo desde abril la explicación que la prensa aliada da de la pasividad del ejército británico y de las derrotas del ruso. En lo primero no cabe duda; pero se hace más cuesta arriba creer que los rusos sostuvieran un poderoso ejército en Galicia sin contar con las municiones necesarias para que no fracasara su tentativa de invasión de Hungría, pues ni en hipótesis admitían la contraofensiva austro-alemana que tan funesta les fué. No me quise hacer eco de esa pretendida falta de municiones, esperando que datos posteriores desvanecieran o confirmaran la noticia. Hoy se puede hablar ya con fundamento.

En la primera parte de la campaña de Galicia no carecieron de municiones los rusos. La escasez comenzó a notarse después de la evacuación de la línea de Visloka, y se acentuó a raíz de la pérdida de Przemyśl, pero no se debió a la falta de elemento tan indispensable, en el interior del Imperio, sino al desconcierto y la confusión de la retirada. Los cuerpos, empujados por todos lados, se mezclaron y desorganizaron; los convoyes que descendían de los Cárpatos se interpusieron en las líneas de marcha, y fué menester desenganchar los tiros y abandonar carros y vehículos; los escalones de municiones perdieron el enlace con los cuerpos y baterías; las cocinas de campaña tampoco pudieron llegar a las unidades respectivas. En resumen, sobrevino toda la espantosa confusión de una retirada en desorden, y la dotación de municiones se redujo casi exclusivamente, sobre todo, en lo que concierne a la artillería, al primer escalón. Al replegarse de la línea del San, el ejército de Ivanov perdió su línea principal de comunicaciones con Rusia y no fué ya posible asegurar un abastecimiento regular. Muchos cañones quedaron inútiles por falta de municiones, y se dispuso su retirada inmediata para que no cayeran en manos del enemigo. Por este motivo, en la segunda fase de la campaña fué tan escaso el botín en material de guerra hecho por los austro-alemanes. Encomendada a la infantería la labor de contener al adversario victorioso, las pérdidas en prisioneros alcanzaron cifras inmensas.

La deficiencia en municiones, debida en Galicia a las causas dichas: precipitada y desordenada retirada y pérdida de la línea principal de comunicaciones, no se hizo patente en la Polonia del Sur, ni en los otros frentes. En el mes de junio, las presas hechas por los ejércitos alemanes de von Voysch (Polonia Meridional), von Mackensen y von Linsingen, ascendieron a 409 oficiales y 140,650 soldados rusos prisioneros, 80 cañones y 268 ametralladoras. Casi todos los prisioneros y ametralladoras fueron cogidos por los dos últimos ejércitos, mientras que el primero conquistó los más de los cañones, prueba indudable de que se mantuvieron en las posiciones perdidas y que se les podía abastecer

de municiones, pues de lo contrario se les hubiera llevado a la retaguardia, como se hizo con los del ejército de Galicia.

Aparte de las causas accidentales referidas, es probable que Rusia no esté muy abundante de municiones; pero de esto a creer que la crisis es aguda hay mucha distancia. No es posible creer en la falta o escasez de proyectiles de artillería, mientras los rusos se batan con energía, resistiéndose a emprender la retirada, desde Polonia del Sur hasta Curlandia. Si alguno de esos ejércitos pierde su línea de comunicaciones, como le aconteció al de Galicia, volverá a sentirse aquella falta, aunque haya plétora de municiones en los almacenes del resto del imperio.

II.—Las batallas de Ipres y Festubert

El 11 de julio, el Gobierno británico ha dado a conocer el parte del mariscal French, fechado el 15 de junio, relativo a las batallas de Ipres y Festubert, comenzadas el 22 de abril y terminadas el 25 de mayo.

Pocos detalles nuevos añade a los ya conocidos. Una división del 10.º ejército francés (general D'Urval), cubría la línea Steenstraate-Langemarck: seguía hacia el S. E., la división canadiense, hasta cerca de Zonnebcke; y luego el resto del ejército inglés, entre Gheluvelt y Klein Zillebeke.

En la tarde del 22 de abril, una densa nube de gases asfixiantes se extendió sobre las trincheras francesas; la división, poseída de pánico, evacuó a toda prisa sus posiciones, y, aunque llegaron algunos refuerzos, los alemanes pasaron al O. del canal del Iser y se apoderaron de Lizerne. La retirada de la división francesa dejó al descubierto el flanco izquierdo de la división canadiense; la situación pareció tan grave, que el mariscal French celebró una entrevista, en la mañana del 23, con el general Foch, comandante del grupo de ejércitos franceses del N., anunciándole su propósito de replegar sus tropas si los franceses no garantizaban la seguridad del flanco izquierdo británico. El general Foch respondió que había llamado grandes refuerzos y que se proponía reconquistar las posiciones perdidas; rogó al mariscal French que se sostuviera en sus líneas.

Los ataques alemanes se extendieron, el 23, al frente de la división canadiense; en la tarde del 24 rompieron la línea en Saint-Julien y se apoderaron de este punto, y en la mañana del 25 fué envuelta la izquierda de la división canadiense y ésta tuvo que batirse en retirada. Refuerzos franceses e ingleses fueron lanzados contra el enemigo. Los primeros consiguieron recuperar Lizerne y poner su planta en Steenstraata y cerca de Het-Sast, pero no pudieron pasar de allí; los ingleses fracasaron en sus tentativas contra Langemark y Saint-Julien; y como los ataques alemanes se corrían hacia el S., el mariscal French no vaciló más y dispuso la retirada de Zevenkote, Zonnebecke y Westhoek. La batalla conti-

tinuó furiosamente. El 5 de mayo, los alemanes se apoderaron de la famosa colina 60, al N. O. de Klein Zillebeke. La retirada de la división canadiense, apoyada por otra división inglesa, tuvo que hacerse bajo la presión de los ataques enemigos, que el día 6 rompieron el frente británico en varios puntos, al Sur de Saint-Julien. El 9, toda la línea inglesa se concentró alrededor de Ipres, a unos 3 ó 4 kilómetros de la ciudad, y la lucha degeneró en un cañoneo más o menos violento. Confirma el mariscal French que los alemanes se apoderaron de unos 50 cañones franceses y de una batería pesada inglesa.

Los combates al N. de Festubert comenzaron el 9 de mayo, por invitación del general Foch, que acababa de iniciar la ofensiva al N. de Arras. No se interrumpió la lucha hasta el día 25, y el terreno conquistado por los ingleses mide una longitud de unos 7 kilómetros por una profundidad de 500 metros; no se declaran en el parte los pueblos, caseríos o granjas ocupadas por los ingleses. Tampoco se dan a conocer las bajas; debieron de ser muy duras, porque en un relato episódico de la batalla de Ipres, escrito por John Buchan, que publica la prensa inglesa, se afirma que del primer batallón de Suffolk sólo quedaron en pie siete hombres, y que el 12.º de territoriales de Londres sufrió la misma suerte que el anterior.

La lectura del parte del mariscal French, menos expresivo que en otras ocasiones, deja en el ánimo una triple impresión; en primer lugar, se refleja el descontento, el disgusto, por las operaciones y conducta de las tropas francesas, aunque se las colma de elogios; bien claro lo dice el mariscal: se perdió la batalla por culpa de los generales y tropas francesas. En segundo lugar, se insiste sistemáticamente en que casi todos sus avances los realizaron los alemanes a favor de los gases asfixiantes; pero sorprende que en los raros contraataques que tuvieron éxito, se diga que apenas evacuadas las trincheras por efecto de los gases, eran recuperadas por la intervención de fuerzas de reserva; y que en las mismas trincheras unos cuerpos se replegaran asfixiados por los gases, y otros continuaran batiéndose, a pesar de formar aquellos vapores nubes densas de gran longitud y profundidad. Indudablemente, el empleo de los gases contribuyó mucho a la victoria alemana, pero se les atribuye una importancia superior a la que tienen, con ser grande, y se les toma como argumento justificador de todos los descabros. Finalmente, a la reconquista por los alemanes de la colina 60, también con ayuda de los gases, se le dedican muy pocas palabras. Al comentar la prensa inglesa este último revés, se duele de que el Gobierno lo haya ocultado tanto tiempo y que todavía en Francia esté prohibido anunciarlo al público. La referida colina, de importancia puramente local, por dominar todo el llano a su alrededor hasta el máximo alcance de la vista, fué ganada totalmente por los ingleses el 17 de abril, y el éxito despertó en Inglaterra un entusiasmo extraordinario, superior al causado por todos los hechos de armas anteriores; días y días se ocuparon los periódicos de esta conquista, a partir del 6 de noviembre en que las tropas británicas entraron en Zwartellen, al E. de la altura, y se adueñaron de gran parte de ésta.

III.—La estrategia alemana contra Rusia, en el primer período de la guerra

Prevaliéndose de su inmensa superioridad de fuerzas y de su anticipada movilización, los rusos inauguraron la campaña con una acción contra la Prusia Oriental y otra contra Galizia. La línea del medio Vístula, en el centro, fué débilmente cubierta, pero cuando Hindenburg ejecutó, en octubre último, su atrevida incursión hasta cerca de Varsovia e Ivangorod, atrajo a la Polonia a considerables masas enemigas, y desde entonces el frente ruso se extendió a lo largo de una inmensa línea, fuerte en todos los puntos, pero con su centro de gravedad en Galizia. Se había logrado la dispersión de los esfuerzos del enemigo y su despliegue total. Los alemanes, por su parte, tenían sus fuerzas concentradas en dos regiones—la de Thorn y el S. de la Prusia Oriental—, con una abundante red de ferrocarriles para llevarlas a donde conviniera.

Tal era la situación general a últimos de octubre y primeros de noviembre. Las batallas de Tannenberg y Gerdauen, decisivas y de gran resonancia, tuvieron el limitado fin de expulsar a los rusos de la Prusia Oriental; pero, aunque contribuyeran mucho al logro de los éxitos posteriores, no entraron realmente en el cuadro de la campaña ofensiva contra Rusia, que comenzó, de hecho, en noviembre. En aquella época, los rusos habían vuelto a entrar en la Prusia Oriental, sin internarse en ella, se acercaban a la línea de Warta, en dirección a la Silesia, y habían ocupado casi toda la Galizia y la Bukovina, amenazando a Hungría y la Transilvania.

Los alemanes, con fuerzas notoriamente inferiores a las de su adversario, inician las operaciones ofensivas asestando un terrible golpe al centro ruso, rechazándolo al Ravka y Bzura, y ocupando la Polonia occidental. Inmediatamente, se contiene el ala derecha del ejército ruso de Galizia, y se derrota al ala izquierda recuperando casi toda la Bukovina y parte de la Galizia oriental; el esfuerzo ruso se concentra entonces en el centro de los Cárpatos, a pesar de que sus dos flancos distan mucho de estar asegurados.

Después de la derrota del centro ruso, en noviembre y diciembre, en febrero tiene lugar el desastre de Augustovo, estocada mortal contra el ala derecha. En mayo, la campaña de Galizia pone fuera de combate al ala izquierda, formada por lo mejor y más fuerte del ejército del Czar. Previamente, los alemanes toman posiciones en Curlandia y se apoderan de Libau.

¿Cuál es el resultado de estas campañas y cuáles sus objetivos? Desde luego, no se persigue un fin de orden general; se pretende destrozar y desorganizar al ejército ruso mediante victorias parciales, y ocupar posiciones ventajosas para cuando las circunstancias permitan tomar una ofensiva general. En Tannenberg y Gerdauen son destruidos, militarmente hablando, los ejércitos del Narev y el Niemen; en la Polonia es deshecho y desorganizado el fortísimo centro ruso; en Augustovo desaparece el 10.º ejército, y en la Galizia se extingue el poder militar de los cinco ejércitos de Ivanov. En una palabra, el ejército ruso de primera línea queda quebrantadísimo, orgánicamente despedazado, en una

campaña de ocho meses: noviembre a junio; es menester acudir a las reservas y a cuerpos de los confines más remotos del imperio para restablecer el efectivo numérico, pero la fuerza material y la capacidad combatiente se han perdido ya en definitiva.

Por si esto fuera poco, la invasión de Curlandia, los ataques en el sector de Maryampol, las tentativas contra Ossovec, los avances en Polonia, obligan al enemigo a extender más su línea, a atender a todos los puntos, a debilitarse en conjunto. Y cuando los últimos cuerpos de Siberia y del Cáucaso y los cuatro concentrados en Odessa para desembarcar cerca del Bósforo, podrían, con su intervención, imprimir una marcha más favorable a la guerra, la llegada de Mackensen al Bug les obliga a cubrir el boquete abierto por la retirada del ejército de Ivanov, encerrado entre el Zlota-Lipa y la Besarabia.

Mientras los rusos desplegaban en un frente interminable, los alemanes movían la masa principal de sus fuerzas, primero, en Polonia, luego en Angustovo, finalmente en Galizia. El centro y las alas rusas fueron sucesivamente derrotados, se completó el éxito táctico obligando al enemigo a extenderse todavía más, y cuando a favor de estas victorias quedó reducida a la mitad la artillería rusa y cuerpos heterogéneos de reciente formación, tuvieron que reemplazar a los sólidos y escogidos que abrieron la campaña, dió comienzo la ofensiva general. Las operaciones de septiembre a junio son, en lo que atañe al campo alemán, estricta aplicación del principio de concentración de fuerzas en los puntos convenientes; sólo así fué posible que un ejército cuyo efectivo apenas alcanzaba al tercio del adversario, resultara vencedor. Los austro-húngaros desempeñaron el papel menos brillante, pero utilísimo, de contener al ejército enemigo principal, mientras los alemanes batían el centro y la derecha; aunque sólo por este concepto, su ayuda ha contribuido no poco a los éxitos de los alemanes. La inmensa muchedumbre rusa, pesada y tarda en sus movimientos, poco resuelta en sus ataques, sin apenas iniciativas, se ha resignado a que sus diversos miembros fueran amputados o heridos por un rival de grande agilidad mental y de energía y fuerza ofensiva extraordinarias, una vez maltrecho y dolorido el organismo entero del coloso, la gran guerra ha comenzado. Esperemos a que termine para resumir sus caracteres generales.

IV.—La situación estratégica entre el Vístula y el Dniester

Con fechas 14 y 15 de Julio, Mr. Washburn, corresponsal del *Times* en los ejércitos rusos del Sur, da cuenta, en dos largos despachos, a su periódico, de la impresión que recibió en su visita detenida al frente ruso, desde la Bukovina al Vístula. No hay en sus manifestaciones la debida claridad, ni de ellas pueden deducirse conclusiones concretas, pero sí resalta el hecho de existir en aquella fecha dos grupos de ejércitos rusos desde el Dniester al Vístula. El primer grupo, tres ejércitos, mandado por el general Ivanov, cubre las líneas del Dniester y Zlota Lipa y se prolonga a lo largo del Bug. El ejército que ocupa esta última posición, a la derecha de Ivanov, fué uno de los más castigados en la campaña de Galizia.

El segundo grupo, formado por otros tres ejércitos, se encuentra entre el Bug y el Vístula, al S. de la línea Cholm-Lublin. El ejército del centro, al S. E. de Lublin, dice Mr. Washburn que es la mejor masa combatiente que ha puesto Rusia en campaña desde el principio de la guerra. Para formarlo, se tomó como base el ejército casi aniquilado en el Dunajec, pero los restos de los cuerpos fueron enviados a segunda línea, y el nuevo ejército no tiene hoy, de hecho, punto ninguno de contacto con el anterior: es lo mejor, la *crema*, como dice el corresponsal, del ejército moskovita. El que está inmediatamente a su izquierda, S. de Cholm, fué también gravemente quebrantado en Galizia, pero se le ha reorganizado.

Dice también Mr. Washburn, que este grupo de ejércitos del Bug-Vístula (mandados probablemente por el general Alexeiev), constituye lo mejor y más fuerte de todo el frente ruso; y añade que llegan de continuo a reforzarlo unidades sacadas de de otros sectores, considerados de menos interés.

¿Cuál es la fuerza media de cada uno de estos seis ejércitos? No lo declara el corresponsal; pero como en sus despachos hace notar (con notorio error) que el mayor ejército alemán sólo se compone de tres cuerpos, y le parece insuficiente esa fuerza orgánica para vencer la terrible resistencia de los rusos, que aspiran a recuperar Lemberg, cabe inferir que la composición de cada ejército ruso oscila entre tres y cinco cuerpos, o sea, aproximadamente, veinticinco cuerpos en total, con un efectivo de 1.250,000 hombres. De esta masa, unos 700 a 800 mil combatientes deben encontrarse en la línea Cholm-Lublin Ivangorod, según da a comprender el referido escritor. Por ahí esperaba el alto mando ruso que se dirigiría el principal esfuerzo de los alemanes, y creía que en los sectores del Narev, Niemen y Curlandia, el enemigo se limitaría a ataques demostrativos.

Por este resumen de los despachos de Mr. Washburn, el lector habrá advertido cuán fundadas eran mis afirmaciones de *crónicas* pasadas: un ejército y parte de otro del ala derecha de las tropas de Galizia fueron casi destruidos en las batallas del Dunajec y San; y como consecuencia de las victorias alemanas, toda el ala derecha rusa, empujada hacia el N., fué separada del centro, arrinconada en la Galizia oriental, merced al avance en forma de cuña, hacia el Bug, del ejército de Mackensen. Un hecho, que se presumía, pero que ya no cabe poner en duda, es que el ejército de Ivanov, extendiendo su ala derecha y con la cooperación de tropas de refresco, ha prolongado la línea al N. O. de Zlota Lipa, por el E. del Bug, para darse la mano con los ejércitos de Alexeiev y amenazar el flanco derecho de Mackensen; este flanco es el punto más vulnerable de la ofensiva alemana, pero nuevas tropas van entrando en línea para asegurarlo y dar libertad de movimientos a los tres ejércitos puestos a las órdenes de aquel mariscal.

Bien está la concentración de esta masa rusa en el sector de Sokal, junto al Bug, en el flanco del esfuerzo principal austro-alemán, contra el frente Cholm-Lublin; pero ello es una repetición de la elemental estrategia rusa, que tan malos resultados está dando hace meses frente a la alemana: el empeño de cubrir

todo el frente, de inclinarse hacia el deplorable sistema de cordón. Y ahora es cuando se está viendo el error de haber prolongado la resistencia en Galizia no emprendiendo a tiempo—como he dicho varias veces—el repliegue hacia el N., sino retrocediendo paso a paso en dirección al E.

Si todo el ejército de Ivanov se hubiera agrupado oportunamente al lado de las fuerzas de Alexeiev, es probable que los austro-alemanes, obligados a atacar de frente a un ejército más numeroso que el suyo, servido por buenas vías férreas y concentrado entre el Vístula y el Bug, desistieran de la empresa que está ahora desenvolviéndose.

Las tropas alemanas que han quedado delante del Zlota Lipe y el Dniester, puede tenerse la seguridad de que o son muy inferiores en número—es lo más probable—a las de Ivanov, o superiores; verdadero o aproximado equilibrio no lo hay. En el primer supuesto, los alemanes habrán acumulado sus masas en el frente Cholm-Lublin, conteniendo con débiles tropas a las de Ivanov; es decir, que mediante la distribución estratégica de sus contingentes, alcanzarán la ventaja en el punto decisivo, aunque en conjunto sume su ejército menos hombres. Y en la segunda hipótesis, que no conceptúo probable, el ejército de Ivanov será deshecho, sin que por ello se resientan las operaciones en el resto del teatro de la guerra.

Los grandes errores estratégicos se remedian difícilmente, y sus consecuencias se dejan sentir en las operaciones posteriores, influyendo más que las mismas batallas en el resultado de la guerra. Uno de estos errores—he de repetirlo—consistió en la forma cómo se ejecutó la retirada rusa en Galizia. Para salvar la situación, se imponía el retroceso apresurado, rápido, inmediato, que rompiera el contacto con el enemigo y devolviera al ejército propio su libertad de movimientos y de maniobra. Se extremó la resistencia, y esa libertad siguió residiendo en el campo alemán. De esto resulta que las mejores combinaciones del gran duque—y una de ellas es la formación del ejército de Sokal,—son meros paliativos, enderezados a limitar y poner trabas a la iniciativa del adversario. Gran cosa es parar las estocadas, pero para obtener el triunfo no basta: es menester saber asesnarlas y atreverse a darlas.

V.—El objetivo alemán de la campaña contra Rusia

Mucho se ha disertado y se está disertando todavía sobre cuál es el verdadero objetivo alemán de la actual campaña contra Rusia. El nombre de Varsovia absorbe toda la atención, y parece que la conquista de aquella plaza traería aparejado el fin de la guerra; pero si el ejército ruso evacuara la capital y retrocediera en todo el frente sin ser seriamente derrotado, a los pocos meses estaría otra vez en condiciones de reanudar la ofensiva, y desde el primer momento obligaría a los austro-alemanes a dejar considerables fuerzas de observación en el teatro oriental; con las restantes, es muy posible que se resolviera la guerra en Francia, de suerte que la toma de Varsovia significaría la derrota de los franceses antes que la de los rusos.

La opinión se muestra casi unánime, y yo parti-

cipo de ella, en atribuir al esfuerzo contra la línea Cholm-Lublin una importancia extraordinaria. Sólo que, a mi ver, no es esta la única región, ni siquiera la más adecuada, en que caben un esfuerzo y un resultado decisivos.

El objetivo puede ser Varsovia, pero no necesariamente Varsovia: ello depende de lo que hagan los rusos y de cómo se desenvuelva la campaña. Elevando un poco el punto de vista, brotará la luz por sí misma.

Si los alemanes—como parece—tratan de acabar con la fuerza de resistencia de Rusia, su objetivo ha de consistir en la inutilización del ejército moskovita. Esa destrucción, obtenida por el choque, sería obra lenta y debilitaría demasiado al ejército atacante, al que aguardan todavía muy duras y sangrientas pruebas en otros teatros; ha de conseguirse por la maniobra, y, en la forma como ha desplegado el ejército alemán, esa maniobra va dirigida contra las líneas de comunicaciones del enemigo.

Por circunstancias de todos conocidas, Rusia, lo mismo que Inglaterra, depende del extranjero en lo que atañe al material de guerra. Incomunicada en el mar Negro y en el mar Báltico, y mal enlazada con el extremo oriente, sus bases actuales—Arkangel—están en el N., y la línea de comunicaciones parte de ahí y no del interior del Imperio; dando rodeos, podría llevársela ciertamente a Moskú y aun más al E., pero se invertiría demasiado tiempo en los transportes y, además, los ferrocarriles no están organizados, ni trazadas sus vías, para una labor tan inmensa. De donde resulta que la línea rusa de comunicaciones por autonomasia se desarrolla paralelamente y a no gran distancia del frente alemán, al que presenta el flanco. La ruptura de la vía férrea Petogrado-Vilna Grodno-Bialystock-Varsovia, obligaría a la retirada a todas las tropas que se encontrarán al S. del punto de ruptura, y el retroceso sería general si el invasor llegara a interponerse entre Dunaburg y Vilna. Pero la retirada no es la derrota. El peligro ruso se alejaría, pero continuaría latente. Para ganar la campaña es menester, además, poner fuera de combate a una gran parte de las fuerzas rusas. Veamos las maneras de lograr esta finalidad.

1.º Maniobra envolvente de la izquierda alemana—mariscal von Bülow—en Curlandia. Separando a las débiles tropas rusas del N., del grupo principal de ejércitos, que se encuentra desde el Niemen al S., amenazaría el flanco de esta última masa y favorecería la ruptura del frente del Niemen entre Grodno y Kovno (véase el mapa número 31, cuaderno 44), toda vez que los rusos se verían en el caso de cubrir Vilna, llamando fuerzas a este sector. Habría probabilidad de destrozar el ala derecha rusa y poner en situación crítica a los ejércitos del Narev, Vístula y Bug. Esta maniobra es la dibujada por von Bülow, con la cooperación de las tropas que se batían al E. de Maryampol. Sus resultados serían más estratégicos que tácticos.

2.º Ruptura del frente del Narev. Si tuviera completo éxito, resultaría la más decisiva. Envolvería a los ejércitos del Vístula y el Bug, cortándoles su línea de operaciones principal; y, permitiendo ocupar una posición en el flanco de las tropas que se retiraran desde Varsovia e Ivangorod, acaso condujera a una tremenda derrota, lo mismo de estas tropas

que las de Lublin y Cholm, si von Voysch, pasando el Vístula, obtenía un éxito táctico. Como todas las rupturas del frente, es el movimiento más expuesto,

na. A cargo de los ejércitos del mariscal von Mackensen, es la de resultados estratégicos menos importantes, porque no amenaza los puntos capitales



General de División Fleck, comandante del 8.º cuerpo de ejército de reserva, estacionado cerca de Souain (Francia)

General y jefe de División del ejército alemán del S. en Galizia, von Sonta

General von Linsingen, comandante del ejército alemán del S., en Galizia

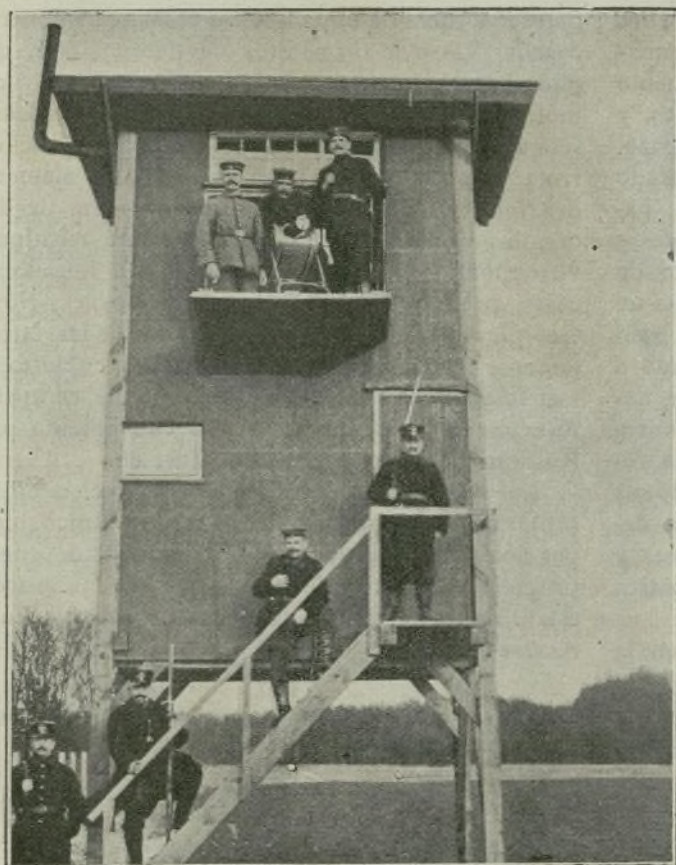
pero también el de mayor trascendencia. Está ejecutándose por el ejército mandado por von Gallvitz, pero a pesar de que los alemanes han cruzado el Narev por varios puntos, se encuentra todavía en su pe-

de los ejércitos rusos situados más al N. Una victoria táctica, acompañada por el rápido movimiento de von Voysch, pondría fuera de combate, arrojándolos al E., a los ejércitos de Alexeiev.

Gracias a su perfecto despliegue y a la excelente situación de sus reservas, los alemanes han acometido las tres maniobras a la vez. Basta que una de ellas tenga pleno éxito para que se decida la campaña; pero, poniendo la vista en el fin de la guerra, la primera y, sobre todo la segunda ocupan los primeros lugares. La importancia principal de la tercera consiste en haber atraído hacia el S. a casi la mitad del ejército ruso, poniendo en inmejorables condiciones para ejercitar su iniciativa al centro e izquierda alemanes.

Por ahora, la ejecución del plan es magistral: merece este nombre sin atenuaciones. Se comenzó por amenazar y tantear con fuerzas débiles todo el frente enemigo; de pronto, se emprende una rápida marcha sobre Riga, a donde tiene que llevar el adversario parte de sus fuerzas del Dubissa, ocasión que aprovecha von Bülow para forzar el paso de este río, llegar a 80 kilómetros al E. del mismo y ponerse al N. de Kovno; es de esperar que no tarden en repercutir estos avances al S. de esa plaza. Se ataca tenazmente en la región de Maryampol y se plantea el sitio de Ossovietz; por la ley del equilibrio, los rusos debilitan la línea del Narev, y se batan en retirada ante tropas, no muy numerosas, que rompen sobre Przasznisz; entonces, los alemanes atacan impetuosamente el Narev, se apoderan de Pulstusk y

Roshan, salvan el río, y lo cruzan enseguida aguas arriba de Ostrolenka, dirigiéndose al Bug y tratando de envolver Varsovia y Novo-Georgievsk. Demasiado recientes en la memoria están los avances sucesi-



Caseta de vigilancia, armada con una ametralladora, del campamento de prisioneros rusos de Alemania

riodo inicial; tiende a aflojar la resistencia rusa delante de von Voysch, para que éste active su avance, y a dar todavía más libertad a Bülow.

3.º Maniobra envolvente de la derecha alema-

vos y concertados de las tropas alemanas que hay al O. de Varsovia, del ejército de Voyrsch y de los ejércitos de Mackensen para que necesiten ser recordados.

No creo que las reservas alemanas hayan intervenido aún. Cuando la situación se despeje un poco más, entrarán en línea en los puntos más convenientes para completar el éxito y reportar de él los debidos frutos.

VI.—La situación el 31 de julio

En los Dardanelos continúan los combates sin que haya cambiado la situación general; lo mismo ha de decirse del Cáucaso.

En el frente italiano no se ha interrumpido la actividad a lo largo de toda la línea. Ha tenido lugar la primera batalla importante: los italianos habían concentrado fuerzas muy numerosas—por lo menos trescientos mil hombres—en el Isonzo, con objeto de apoderarse de Goritzism, y después de una encarnizada lucha, que ha durado varios días, han sido rechazados, sufriendo muchas bajas. Así lo ha declarado el parte oficial austriaco, confirmado tácitamente por los italianos, que dieron cuenta del comienzo de la acción, pero no de sus resultados. La situación en este teatro no ha variado desde mediados de junio, a partir del momento que el invasor tropezó contra las posiciones defensivas organizadas por los austriacos.

En el teatro occidental, los alemanes prosiguen sus pequeños ataques casi en todo el frente. En ellos empeñan cortos contingentes de infantería y encomiendan a la artillería la labor principal. El pueblo de Hooge, cerca de Ipres, ha caído en sus manos, y han obtenido nuevas ventajas en la selva de Argona. En compensación, los franceses se han apoderado de algunas posiciones alemanas en los Vosgos, haciendo ochocientos prisioneros. Es probable que la ofensiva alemana obedezca al convencimiento de que el mejor medio de evitar una acción resuelta de los aliados es atacarles; lo que sorprende es la pasividad de los franceses, que parece han renunciado a aprovechar su gran superioridad numérica por hallarse empeñado casi todo el ejército alemán contra los rusos. Esto hace creer que los franceses han renunciado a arrojar al invasor por un esfuerzo de sus armas y se preparan a presentar una resistencia desesperada si los rusos son vencidos. Los ingleses y belgas guardan una actitud completamente pasiva hace más de un mes.

Todo el interés de la guerra se concentra en la grandiosa ofensiva alemana contra Rusia.

Los cuarenta mil ginetes alemanes y los siete u ocho cuerpos de ejército que operan en Curlandia,

después de situarse al N. de Kovno no han vuelto a entablar combates de importancia, sin que esto signifique que hayan suspendido sus operaciones. No tardarán mucho en dar señales de existencia, apareciendo frente a los puntos más vulnerables del adversario. Por de pronto, ocupan una posición estratégica de grande interés, que se concertará con el avance de las tropas que operan al S. del Niemen.

El ejército de von Gallvitz se apoderó de Roshan y Pultusk, cruzó el Narev, derrotó a los rusos que había en la orilla izquierda de este río y ha llegado al Bug, envolviendo por el N. las fortalezas de Novo-Georgievsk y Varsovia. Al N. de Ostrolenka, otras tropas han pasado asimismo el Narev, para apoyar el avance del cuerpo principal.

La masa que se encontraba al O. de Varsovia ha dominado todo el terreno exterior y se ha puesto bajo el alcance de la artillería de los fuertes. Todavía más al S., el ejército de von Voyrsch ha franqueado el Vístula, al N. de Ivangorod, y ha empujado al enemigo fácilmente hacia el E.

Entre el Vístula y el Bug, ha sido por fin roto y forzado el frente ruso, compuesto por las mejores tropas del Czar. Los austro-alemanes han llegado a la línea férrea entre Lublin y Cholm; y Lublin, la segunda capital de Polonia, está ya en poder de los alemanes.

En combates de menor importancia en las fronteras de la Besarabia, los rusos han llevado la peor parte.

Como consecuencia de este conjunto de batallas, parece ya fuera de duda que los rusos se disponen a evacuar Varsovia sin pérdida de tiempo; esto, que pudo hacerse hace un mes con tranquilidad y por motivos estratégicos—los había más que sobrados—, será ahora la consecuencia y la confesión de la derrota. A poco que aprieten los ejércitos alemanes del Narev y Curlandia, la retirada acabará de desorganizar a los rusos y la guerra habrá terminado virtualmente. Dado el estado a que han llegado las cosas, preferible sería dejar en Varsovia y Novo-Georgievsk fuertes guarniciones, aunque las estrictamente precisas para la defensa, y a cubierto de esas fortalezas retirar todo el ejército de campaña. A evitar esta maniobra, la más conveniente para Rusia, tiende el avance de von Voyrsch.

Los submarinos alemanes han aparecido en las proximidades del puerto de Arkangel, único lugar por donde recibían los rusos el material de guerra procedente del extranjero, y de que tan necesitados están. La trascendencia del hecho no necesita encajarse.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

1 agosto 1915.